

HACIA UNA TEORIA ECONOMICA DE LA LIBERACION

Algunos sociólogos latino-americanos han llegado a la conclusión de que la situación global de pobreza, ignorancia e insalubridad, en que mal viven las grandes masas de los pueblos latino-americanos, no debe caracterizarse como un estado de sub-desarrollo, sino como un estado de opresión.

El sub-desarrollo es una categoría demasiado exclusivamente teñida de aspectos económicos, que no tiene suficientemente en cuenta las causas pasadas y presentes que crearon y mantienen la inferioridad económica de nuestros pueblos con respecto a los llamados desarrollados. Pero es una categoría relativamente sencilla de formular y comprender. Es fácil caracterizar una situación económico-social con unos cuantos indicadores económicos: renta por habitante, tasa de acumulación de capital, tasa de crecimiento del producto nacional, términos de intercambio relativos, etc., etc. Y sobre todo, el concepto de sub-desarrollo, elaborado con la ayuda de indicadores económicos, es aparentemente "operativo", es decir, sirve para formular políticas económicas destinadas a superar el estado por él caracterizado. Lógicamente, si identificamos el subdesarrollo con un valor bajo de unas ciertas variables económicas escogidas entre todas las variables que afectan una realidad social, el problema de superar este estado de sub-desarrollo es el problema de hacer que estas variables tomen unos valores más elevados y más próximos a los valores que esas mismas variables toman en los países más prósperos. El problema se convierte en un problema relativamente sencillo para pensadores abstractos y economistas matemáticos: basta construir un sistema de ecuaciones, que se suponen representar la relación real entre estas variables, y resolver el sistema para unos valores mínimos de algunas variables —o, si se quiere, hacer el sistema consistente. Esto son, más o menos, los tan traídos y llevados modelos de desarrollo económico.

Un inconveniente de este enfoque está en su excesivo "economismo". En aras de la cuantificabilidad se sacrifican variables importantes, por ejemplo, los conflictos de poder internos e internacionales, o constantes institucionales: la estratificación social, por ejemplo, el régimen de propiedad, etc., etc., que constituyen nuevas restricciones del sistema de ecuaciones. Los economistas saben muy bien que las variables socio-políticas son importantes, lo saben y lo manifiestan constantemente en sus escritos, pero como variables que resisten la cuantificación y a veces la abstracción no acaban

Artículos

de ser incorporadas en los modelos, abstractos por definición y necesariamente simples, de desarrollo. Esto hace que los modelos de desarrollo, por sí solos, no sirven gran cosa en la realidad. Pero, repito, no es ignorancia de los economistas, sino más bien limitación de la ciencia económica, condenada a trabajar con más variables no cuantificables que ninguna otra ciencia con pretensiones de ser rigurosamente tal.

De aquí no se debe concluir que la ciencia económica no tiene una misión concreta para resolver la situación de miseria de gran parte de nuestro pueblo. La conclusión correcta sería que la mayor o menor "operatividad" de un modelo, es decir, la capacidad de deducir de él una política concreta de desarrollo, no es el criterio para formular el subyacente modelo de sub-desarrollo. Este procedimiento que parece —y lo es— totalmente ilógico, es consciente o inconscientemente adoptado no pocas veces por los economistas. O sea, que primero eligen las variables más fáciles de manejar y luego la situación, que llaman de sub-desarrollo, en términos de esas variables más manejables.

Usando este procedimiento se suele cometer el error adicional de que esas variables, supuestamente más manejables, puede que lo sean en una economía menos desarrollada. Un ejemplo: En una economía con un mercado monetario perfectamente desarrollado la oferta de créditos es una variable clave, cuyo manejo no ofrece mayores dificultades, pero en una economía, en que 1/4 ó incluso 1/3 de todos los préstamos se hacen en un mercado privado, o sea, por medio de prestamistas privados y usureros a un interés anual del 100% anual, el control de la oferta de créditos no es ya tan fácil. Lo mismo se podría decir de los impuestos sobre la renta, el tipo de interés, etc., etc.

El proceso lógico de formular, en un modelo descriptivo, la situación de pobreza y atraso de nuestros países es elegir las variables, cuantificables o no, más decisivas y más profundamente responsables de la situación, sin tener en cuenta este estadio el problema de la "operatividad", es decir, si de ese modelo descriptivo se puede deducir una política fácil para superar la situación.

Siguiendo este proceso lógico, los sociólogos liberados del "economismo" de la literatura desarrollista han caracterizado la situación de los países de América Latina, como una situación de opresión. Opresión, en este contexto es un término técnico en sociología, pero que no es muy distinto del término vulgar. El estado de opresión se formula usando variables no primordialmente económicas, sino variables de poder; el poder detentado por minorías nacionales o internacionales que incide, en su mera detentación y mucho más en su ejercicio, sobre la mayor parte de los habitantes de nuestros pueblos.

La superación de esta situación de opresión tiene que realizarse por medio de un proceso de liberación. Pero, si se quiere llegar a la liberación de una manera sistemática —según un contenido ideológico— y científica —racional y eficientemente—, es necesario formular un modelo de liberación.

Este modelo de liberación es evidentemente un modelo mucho más complejo —quizá menos abstracto, menos "modelo"— que un mero modelo económico; la presencia de variables de poder en el modelo estático-descriptivo de la opresión exigen en el modelo dinámico de la liberación un fuerte contenido político. Sin embargo, las variables económicas no pueden

faltar, ni en la caracterización de la situación como opresión, ni en el modelo de la liberación. En primer lugar porque el poder se ejerce preponderantemente a través de mecanismos e instituciones económicas: el comercio internacional, el mercado de trabajo, el sistema bancario, etc., etc., y además porque la opresión resulta también, aunque no exclusivamente, en valores bajos de ciertas variables económicas y, sobre todo, en la neta división de una economía opresora y otra oprimida, ya sea a nivel nacional: oligarquía-proletariado urbano y rural, ya sea a nivel internacional: países ricos - países proletarios.

En cuanto al modelo de liberación, la política no lo es todo; sin cambios cuantitativos en ciertas variables claves, la situación de opresión económica, resultado de la opresión global, no será eliminada y el modelo de liberación quedará reducido a un modelo de "cambio de guardia".

Aquí empiezo ya a entrar en materia, porque en este artículo se trata de esbozar el papel del economista, como economista, en el proceso de liberación, o, en otras palabras, el aporte de la teoría económica al modelo liberacionista. Esto es importante. Cuando los economistas hablamos de liberación a otros economistas, se nos suele preguntar: ¿Cómo se traduce eso de liberación en términos económicos? ¿Cómo se puede aplicar lo que hemos aprendido en nuestras escuelas y universidades —que generalmente son del gran ámbito capitalista— a este proceso integral de liberación? ¿Es que tenemos que deshacernos de todo lo que hemos aprendido y formular "ab ovo" una teoría económica nueva?

Como ya he insinuado anteriormente, la presencia de variables económicas en las dos fases del análisis liberacionista exige del economista un trabajo en dos vertientes.

En primer lugar debe practicar una economía de denuncia, que consiste en descubrir por medio de la investigación económica cómo el poder opresivo de la sociedad actúa en concreto a través de los mecanismos económicos. Para practicar esta denuncia sistemática es necesario un conocimiento no despreciable de las ideas y teorías que inspiran o inspiraron las instituciones y formas de organización económica vigentes en nuestro medio, que, querámoslo o no, está en la zona de influencia capitalista. La comprensión de estas teorías tiene que hacerse desde una perspectiva netamente histórica. El factor opresivo en muchas de esas teorías reside precisamente en que no están adaptadas a nuestras circunstancias, son por lo tanto forzadas, encarnadas artificialmente en nuestro medio con un desprecio supremo de nuestras necesidades reales en beneficio de intereses particulares muy concretos. Por ejemplo, la teoría de los rendimientos decrecientes en la agricultura y su consecuencia de mantener un salario bajo del trabajador rural surgieron en un medio en que la tierra ocupable era escasa —o no había tierra sin ocupar— y la tecnificación agraria inexistente: la Inglaterra del siglo XVIII. En estas circunstancias se puede suponer que todos los factores de producción agrícola son fijos menos el trabajo, cuyo rendimiento marginal va disminuyendo a medida que se aumenta el número de obreros aplicados a la misma cantidad de tierra con el mismo stock de capital. Pero si aumenta la tierra explotable o se invierte más en la agricultura, los rendimientos marginales no tienen por qué disminuir. Este es un pequeño ejemplo de cómo una teoría fuera de su contexto histórico-geográfico se puede convertir en una teoría al servicio de la opresión.

Hay pues que estudiar, comprender, y por lo tanto también enseñar en su perspectiva histórica las teorías económicas aceptadas en nuestro ámbito cultural. Así, descubriendo la diferencia y aun la contradicción entre

Artículos

las circunstancias en las que y para las que nacieron y las nuestras propias, podremos pasar a investigar por qué se mantienen, cuando lógicamente deberían haberse transformado o abandonado, y qué interés sirven, ya que de hecho no es el interés general. También aprenderemos a descubrir en la Historia cómo los grupos de intereses racionalizan la batalla cotidiana por el poder.

En la misma vertiente de denuncia la teoría económica tiene que orientarse decididamente a la investigación económica en el país o región. Hoy es fácil el paso de la teoría pura a la compleja realidad por medio de las técnicas de la econometría. Las intenciones y realizaciones que los grupos de poder declaran no siempre están de acuerdo con lo que declaran los datos que esos mismos grupos suministran. A partir de los datos estadísticos, que cada vez se publican con más abundancia y más precisión —y bajo una cierta vigilancia de las organizaciones internacionales— se debe descubrir lo que en realidad sucede en la economía, las verdaderas relaciones entre las variables económicas, las verdaderas políticas económicas seguidas, etc., etc. Aquí verdadero se opone a pretendido o declarado oficialmente.

El hecho bien conocido de que los datos estadísticos se retocan, se disfrazan y a veces se inventan no es un obstáculo tan serio para el investigador económico, como otro que voy a citar más abajo. Mientras los datos no sean total y arbitrariamente inventados, una mera elaboración no suele ser suficiente para ocultar las tendencias y relaciones de las variables en cuestión. Ya sabemos que muchos datos presentados en nuestros boletines estadísticos son extrapolaciones, pero mientras las extrapolaciones se hagan de una manera lógica y sistemática son todavía testimonio elocuente de lo que en realidad está sucediendo en la economía.

Un problema mucho más serio para el economista investigador proviene del hecho que los datos se recojen según esquemas propuestos y usados en países con un nivel muy diferente de desarrollo, es decir, que se recojen las cantidades correspondientes a conceptos económicos claves en aquellas economías, según una definición que les es apropiada. Al trasladar sin más elaboración estos conceptos a nuestros departamentos de estadística podemos cometer dos tipos de error. Primero: aceptar conceptos definidos de una forma que no corresponde a nuestra realidad y segundo: no recoger datos sobre variables que son claves en el funcionamiento de nuestra economía. Por ejemplo: manejamos el concepto de Producto Nacional sin tener en cuenta el hecho de una economía dual, o sea, de dos economías separadas, con reglas de comportamiento propias, dentro del mismo país. Para poder entender debidamente el funcionamiento de la economía nacional, formada, como digo, de dos economías meramente yuxtapuestas, sería necesario recoger por separado estadísticas de cada una de estas dos economías. Los datos estadísticos o unitarios no reflejan bien la realidad. El concepto de ahorro, por ejemplo, aunque tenga una definición muy clara, refleja dos fenómenos distintos en cada una de las dos economías, o, si se quiere, un fenómeno que sólo se da en una y no se conoce en la otra: por lo tanto ¿qué sentido real puede tener una cantidad que se da como el ahorro total de la economía? Otro ejemplo: ¿qué influencia puede tener la renta de la economía oprimida en las importaciones total del país? Sin embargo hablamos y tratamos de medir el influjo de la renta sobre las importaciones, claramente usando datos obtenidos a partir de un concepto unitario, válido para una economía suficientemente integrada, pero no apto para una economía dual.

Esto es, en pocas palabras, lo que entiendo por una economía de denuncia: por una parte descubrir por medio de estudio histórico de las teorías aceptadas su vigencia o no vigencia en nuestras circunstancias y descubrir siempre con la ayuda de la Historia —cuando sea posible— a quién aprovechan los anacronismos. Y por otra, usando las técnicas modernas de investigación económica, sacar a la luz cómo se ejerce en concreto la opresión económica.

Todo lo dicho no es más que un primer paso en la búsqueda de una teoría económica de la liberación. Se reduce al uso de la economía que recibimos normalmente en las Universidades del ámbito capitalista para la formulación o caracterización de nuestra situación económico-social como una situación de opresión.

Queda lo más importante: la formulación de un sub-modelo(*), que enmarcado en el modelo global de liberación, sirva para superar la situación de opresión económica en que yacen nuestros pueblos.

Si nos atenemos a los modelos “pret a porter” que tenemos en nuestro tiempo, la opción básica está limitada a un modelo capitalista y a un modelo socialista. Claro que la dicotomía propuesta es una gran simpleza, pues sabido es que hay muchas formas de ser capitalista como de ser socialista, pero de todas formas contiene un grano de verdad y no pequeña utilidad expositiva. Pero lo fundamental a este respecto es que no tenemos por qué limitarnos a los modelos ya confeccionados para uso doméstico o para la exportación; sin que ésto quiera decir que podemos darnos el lujo de ignorar todo el trabajo intelectual empleado en la formulación de estos modelos antitéticos. La tarea del economista en la gran empresa de la liberación es construir con elementos ya existentes, que son los que hemos aprendido y constituyen nuestro bagaje intelectual, un modelo económico adaptado a nuestra situación, que funcione lo mejor posible dentro de las limitaciones exigidas por la política global de liberación; no se trata de obtener un sistema económico académicamente estético, ni ideológicamente ortodoxo, sino eficazmente liberador.

Algunos habrá que pensarán, como espontáneamente, que la teoría económica para la liberación tiene que ser la teoría económica del socialismo. En realidad la cosa no es tan simple. No se olvide que las formas de pensar socialistas han surgido, como las capitalistas, en un medio histórico-cultural distinto del nuestro y en respuesta a necesidades y conflictos de distinta naturaleza. Por eso, en el estudio y la enseñanza de la teoría económica socialista se debe tomar la misma perspectiva histórica, que exigíamos para las teorías capitalistas, para evaluar la vigencia de esas teorías en nuestro medio. Qué duda cabe que el pensamiento staliniano que justifica y racionaliza la expansión de la industria pesada rusa en los años treinta tiene poca aplicación en nuestro medio.

Además, cuando se habla de la teoría económica socialista, no se usa un término unívoco. El socialismo, en cuanto realizando o realizable en la economía, es más bien un sistema de organización que un sistema coherente de principios y teoremas, lo cual hace que las “teorías” económicas socialistas tengan un fuerte sabor local. La adopción automática de cualquiera de las formas de organización socialista de la economía no es, por sí misma, una garantía de la liberación. La opresión económica, como resultado y

(*) Por sub-modelo entiendo un modelo formalmente económico, como los demás, pero en cuya formulación se tomen como objetivos, los resupuestos económicos necesarios para la puesta en práctica del modelo socio-político de la liberación.

Artículos

expresión de un abuso de los poderes dominantes en la sociedad, es perfectamente compatible con una economía socialista. No tenemos más que preguntarnos qué hace Rusia con su fabuloso imperio económico para ayudar al "tercer mundo". El imperialismo económico ruso contribuye tanto como el imperialismo capitalista a la opresión económica de los países pobres en la esfera del comercio internacional. Y la carrera de armamentos rusa, junto con su "venusmania" es igualmente responsable que la carrera de armamentos americana y su "lunatismo" de desviar sistemáticamente de usos más útiles y humanos una gran masa de recursos económicos.

El hecho de que existan, incluso en América Latina, economías organizadas según principios socialistas, no nos tiene que ahorrar el trabajo de pensar en nuestras propias necesidades y nuestras posibilidades. Si después de este proceso de búsqueda y formulación de soluciones económicas liberadoras se llega a formas más o menos fuertes de socialismo, bienvenidas sean. Lo esencial, ya lo he dicho, es buscar el mayor grado posible de eficacia dentro del esquema liberador, no el mayor grado de fidelidad a un modelo concreto, convertido en ortodoxia por sus propagandistas. La cuestión de la eficacia en la labor de la liberación es de absoluta prioridad. La opresión en su forma más extrema se da, cuando la mayor parte de la población no alcanza unos mínimos biológicos y culturales que se traducen en valores altos de mortalidad, enfermedad y analfabetismo, entre otros. Que en el sistema actual capitalista que soportamos no se satisfacen estos mínimos biológicos y culturales es del todo evidente, pero de aquí no se sigue que con transplantar una forma concreta de organización socialista esos mínimos se van a satisfacer.

De todas formas las teorías socialistas sirven igual que las teorías del mundo capitalista como punto de partida para encontrar un modelo económico adecuado a nuestras esencias, necesidades y posibilidades y por lo tanto eficazmente liberador. A mi juicio, la búsqueda se puede comenzar en cualquiera de las dos orillas opuestas y luego la experiencia dirá quién tendrá que caminar más. Se puede prudentemente sospechar que los que partan de la orilla capitalista tendrán un recorrido más largo; pero ésta es una cuestión que no se puede decidir a priori.

En el caso concreto de un economista formado en la tradición más o menos aceptada en el mundo capitalista, que tiene que trabajar dentro de unas estructuras basadas en esas ideas, como es mi caso y el de la mayor parte de nuestros economistas, el punto de partida más obvio es el de la teoría económica que mejor conocemos y más manejamos.

Hablando de teoría económica en general no tengo más remedio que ser muy general; sin embargo, para concretar un poco lo que quiero decir me voy a limitar a un campo dentro de la teoría económica: la teoría de desarrollo económico, en cuanto se expresa en los modelos de desarrollo.

Si hablamos de hacer o de buscar una teoría económica de la liberación, es porque creemos que los modelos de desarrollo económico, fruto de la economía capitalista, no sirven para este fin. Ya he apuntado antes que la mayor parte de las veces se basan en una caracterización muy parcial e incompleta de la situación que tratan de remediar. Ahora voy a profundizar sobre este punto, aunque, como este trabajo no puede ser exhaustivo, me voy a limitar a un aspecto que juzgo de suma importancia. En pocas palabras: estos modelos de desarrollo no toman en cuenta —o por lo menos no la toman suficientemente en serio— la distribución de la renta en las economías para las que están destinados. Este fallo se suele encontrar

a cualquiera de los tres niveles siguientes, cuando no en los tres a la vez; a) no se toma en cuenta el estado de la distribución de la renta al nivel de la formulación, sin caer en la cuenta —o cayendo, pero sin preocuparse por ello— que los resultados a conseguir no pueden ser independientes de la manera como la renta está distribuida entre los ciudadanos al comienzo del proceso de desarrollo económico; b) se omite la redistribución como instrumento consciente de política económica. No basta esperar, como contemplan algunos modelos, una cierta redistribución automática, en el proceso de la expansión económica; los procesos automáticos de redistribución de los países desarrollados no pueden funcionar de la misma manera en una economía dual, en el sentido explicado, llena a su vez en cada una de sus partes yuxtapuestas de compartimentos estancos, aislados unos de otros por el mal funcionamiento del sistema de precios ideal, que los modelos siempre suponen; c) No se suele determinar una determinada distribución de la renta como objetivo del modelo. Aquí no quiero entrar en la discusión sobre si los economistas están justificados, en cuanto economistas, al integrar en sus teorías juicios de valor. Sea cual sea la razón, el hecho permanece: la distribución entra de una manera muy vaga entre los objetivos del modelo. Por supuesto, todos los modelos apuntan intencionalmente a un valor más elevado del producto nacional y a una mayor renta por habitante y esperan que los grupos de renta más baja se beneficien de este aumento global del producto nacional y de la renta por habitante por una parte y se disminuya, por otra, la tensión social que las enormes diferencias de renta provocan. Digo y subrayo “esperan” porque nadie nos puede asegurar que un nivel mayor del producto nacional y un índice —estadístico— más elevado de renta por habitante impliquen necesariamente que los grupos menos privilegiados alcancen los mínimos biológicos y culturales, a que antes me refería, y que se disminuyan las diferencias entre los diversos grupos en la escala de rentas.

Un modelo de desarrollo que excluya la distribución de la renta no sólo no sirve para superar una situación de opresión, sino que se convierte él mismo en un instrumento de opresión. Entonces, la teoría económica, en que estos modelos se basan, pasa de ser una teoría prácticamente inútil a ser una teoría positivamente opresora.

Veamos algunos aspectos de esta afirmación. En primer lugar el aspecto de la organización de la producción. Un modelo de desarrollo tiene que tender a aumentar la producción, como uno de sus objetivos esenciales. Sin embargo, en un modelo de desarrollo en que no se tiene en cuenta la distribución inicial —y durante el proceso— de la renta se va a fomentar una producción desligada, sin referencia a las necesidades reales de los agentes económicos. Cuando no se tiene explícitamente en cuenta los diversos niveles de poder adquisitivo, ¿cómo se podrá determinar racional y eficientemente el qué, cuánto y cómo producir? Una producción sin relación a las necesidades y posibilidades reales de compra engendra el tipo de opresión que caracteriza a la sociedad de consumo con su perversión de la escala de necesidades, el endeudamiento crónico, los efectos de demostración y dependencia en el consumo, . . . haciendo más profundo el abismo psicológico de miseria de los que se ven privados cada vez más de los nuevos y maravillosos objetos que la sociedad de consumo les predica como indispensables. ¿No es contradictorio que se gaste tanto dinero en propaganda y promoción de ventas en países en que la mayoría de la población carece de todo? ¿No es eso un signo de que se trata de vender artículos y cantidades distintos de los que la gran masa sabe muy bien que necesita?

Artículos

¿Para qué tanta diversidad y diferenciación de artículos de consumo, cuando las necesidades básicas no están cubiertas? En este tipo de desarrollo la producción es un elemento de opresión económica, actuada por el poder de las industrias, que generalmente son empresas extranjeras.

Un modelo de desarrollo que no tiene en cuenta, en el sentido explicado, la distribución de la renta introduce otro elemento de opresión en la producción a través de la técnica: una técnica normalmente inadecuada a nuestras condiciones, caracterizadas —rápidamente— por una abundancia de mano de obra desempleada. La técnica que se nos impone, en virtud del comercio internacional, ha nacido y se ha desarrollado en circunstancias bien distintas, en países en que la mano de obra es muchas veces escasa y en todo caso mucho más cara que entre nosotros. Sin embargo, las empresas que realizan la industrialización prevista en los modelos de desarrollo, por lo general filiales de compañías extranjeras, no tienen aliciente económico —y no sabemos que se muevan por otro tipo de aliciente— para llevar a cabo la investigación necesaria para encontrar los procesos de producción más adecuados a un estado de la distribución de la renta distinta de la que hay en sus países de origen.¹

Además de sus sistemas nativos de distribución y mercadeo, nos imponen unos métodos de producción que no contribuyen mucho a resolver, ni siquiera aliviar, el problema del desempleo.

“Las estadísticas para América Latina muestran que entre 1938 y 1948 el crecimiento del 1% de la producción industrial trajo consigo un aumento del 0.62% del empleo industrial; la misma relación en los años 50 ha sido de 1% a 0.26%... La participación de los obreros —industriales— en el total de la población activa ha disminuido, aunque el sector industrial presenta tasas relativamente elevadas de crecimiento para el conjunto de la región”.²

Lo más grave, a mi juicio, es que al desconocer el estado inicial de la distribución de la renta y al no tender intencionalmente a un nuevo estado de distribución, los modelos de desarrollo llevan casi fatalmente a una consolidación y exageración de las diferencias de renta y a un robustecimiento de las instituciones y mecanismos de opresión. Al industrializarse nuestras economías, fundamentalmente agrícolas, la posición de poder de las minorías propietarias de la tierra, el único segmento de la población con capacidad para ahorrar y por lo tanto para invertir^(*), se ha visto consolidada, ya que han podido diversificar sus intereses aprovechándose —eran los únicos que podían— de las ventajas de la industrialización y la expansión de las instituciones financieras. El desarrollo económico ha desarrollado sus posibilidades de poder en la economía nacional.

La despreocupación de hecho por la distribución de la renta en los modelos de desarrollo de inspiración capitalista no se debe a una especial malevolencia de los economistas, ni a un deseo expreso y consciente de

1) JOHNSON Harry G. “Tariffs and Economic Development: Some Theoretical Issues”. *The Journal of Development Studies*, V. 1 N° 1, Oct. 1964, pág. 18-19.

2) FURTADO, Celso. “Les Etats Unis et le sous-développement de l’Amérique Latine”. Calmann-Levy. Paris, 1970, pág. 22.

(*) Aquí no se da la dicotomía entre los que ahorran y los que invierten, en que se basa la revolución keynesiana.

mantener el status quo; en los motivos semi —o sub— conscientes no podemos meternos. Yo creo que esta omisión se debe a dos factores estrechamente relacionados.

Es difícil incluir en los modelos de desarrollo abstractos variables que representen la distribución de la renta, ya sea como variables descriptivas ya como variables instrumentales. La abstracción exige prescindir de muchos elementos de la realidad, éso es claro; y los modelos tienen que ser abstractos si se quieren sacar de ellos conclusiones lógicas y válidas, lo que hace que, para ser manejables, no pueden ser demasiado complicados y sobre todo deben contener elementos de la realidad cuyo comportamiento pueda ser representado con procedimientos matemáticos. Parece ser que la inclusión de la distribución de la renta ofrece serias dificultades en la formulación de modelos: es difícil representarla estática y más dinámicamente por procedimientos matemáticos relativamente sencillos. Su inclusión en los modelos privaría a los economistas de las claras y elegantes conclusiones que les gusta sacar de sus creaciones abstractas. Reina un cierto esteticismo en el mundo de los economistas académicos, particularmente desde que se usan las matemáticas como lenguaje predilecto, al que se sacrifica no pocas veces la importancia para la vida de sus modelos. (*)

Pero no es sólo esteticismo académico; los constructores de modelos prescinden sin escrúpulos de las variables de distribución, porque en el fondo están convencidos que con aumentar debidamente el producto nacional y la renta por habitante el problema de redistribuir la renta se solucionará solo. Esto ha sucedido, hasta cierto punto, en los países más ricos: Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Suecia, etc., etc. Aquí los mínimos biológicos y culturales se han sobrepasado con amplio margen, si bien la cuestión de las diferencias de renta no se puede dar por solucionada indiscriminadamente.

Sin embargo, para esta solución "automática" del problema de la distribución de la renta ha sido necesario alcanzar niveles del producto nacional y de renta per cápita 10 veces mayores de los que rigen en los países pobres. Pero, ¿cuándo alcanzarán los países pobres esos niveles de renta per cápita en que, a pesar de todos los pesares, la totalidad de la población alcanzará y sobrepasará los mínimos claves? La alegoría de la tarta, que primero hay que aumentar para luego repartir, es de una ingenuidad asombrosa. Si entre los comensales de la tarta hay un pequeño grupo que siempre va a conseguir $2/3$ de la tarta, cualquiera que sea su tamaño, será necesario fabricar una tarta enorme para que la mayoría de los comensales pueda saciarse con el tercio que le dejan. Por ahora nuestras tasas de crecimiento son demasiado modestas y nuestros niveles de renta por habitante demasiado bajos y no hay nada en nuestras economías que nos haga descubrir una redistribución automática de la renta como fruto del desarrollo económico. Por el contrario:

(*) En un famoso artículo, escrito conjuntamente por dos economistas matemáticos —y sinceros— se lee con relación a los modelos de desarrollo: "No hay nada tan fácil como añadir cambios a modelos más y más complicados, sin introducir ideas realmente nuevas y sin conseguir que la teoría arroje mayor luz sobre las causas de la riqueza de las naciones. Los problemas propuestos pueden tener una gran fascinación intelectual. Pero es una ocupación esencialmente frívola tomar una cadena con eslabones de muy diferente fuerza y dedicar las energías a fortalecer y pulir los eslabones que ya son relativamente fuertes". "HANN, F. H., and MATTHEWS, R. C. O., "The Theory of Economic Growth: A. Survey", *The Economic Journal*, V. 74 Dec. 1964, pgs. 890-891.

Artículos

"Pero los frutos del desarrollo apenas han llegado a las masas rezagadas en los estratos inferiores de ingreso. Es posible que la proporción de gente en estos estratos haya disminuido, aunque se carece de elementos para afirmarlo. De todos modos sigue siendo considerable: cerca del 60% de toda la población latino-americana se concentra aún en ellos, en campos y ciudades, si bien en proporciones variables, según los países. Aunque haya disminuido la proporción de tales estratos se ha ensanchado la distancia entre ellos y los de más arriba".³

Todo lo que llevo escrito conduce necesariamente a la pregunta: ¿Cómo formular modelos económicos en los que la distribución de la renta se integre a los tres niveles de la descripción, de los instrumentos y de los objetivos? En primer lugar quiero recordar que la omisión de la distribución no es el único factor que hace inútiles y opresivos los modelos de desarrollo. Para hacer una teoría general de la liberación económica habría que considerar también esos otros elementos. Hecha esta salvedad, debo responder que esa es precisamente la tarea nueva de los economistas de la liberación. Esos modelos que necesitamos no están todavía contruidos. Espero haber aclarado con mis elucubraciones la dirección en la cual debemos trabajar: integrar la distribución de la renta en las teorías que manejamos y que el método histórico no haya desechado como totalmente inválidas y también aprovechar, si es preciso con cambios fundamentales en la actual organización de la economía, el papel que juega la distribución de la renta en las grandes concepciones económicas, que todavía manejamos.

Voy a concluir elaborando someramente este último punto, que puede arrojar todavía alguna luz sobre nuestra tarea futura. Tomemos el modelo clásico del equilibrio general en competencia perfecta. La distribución de la renta en el modelo de la competencia perfecta está presente en la función de utilidad de cada consumidor y en el nivel de su ecuación de renta. Como ya es sabido, el equilibrio se produce cuando los consumidores maximizan su utilidad, las empresas maximizan su beneficio, el costo marginal es igual al costo medio e igual al precio y cada factor percibe el valor de su producto marginal: estas condiciones a nivel de cada unidad económica, corresponden a nivel del mercado a la igualdad de la oferta y la demanda. De esta manera se determinan automáticamente el qué, cuánto, cómo y a qué precio de la producción. En el modelo ideal la determinación de estas variables está estrechamente relacionada con la renta de cada consumidor, con sus preferencias y necesidades reales e independientes de las preferencias de los demás. La soberanía del consumidor es absoluta y no hay necesidad en el modelo de gastos de propaganda ni promoción de ventas.

Esta feliz armonía entre la organización de la producción y los deseos y posibilidades del conjunto de consumidores se puede romper por cada uno de los extremos. Por parte del consumo, la presencia de "externalidades" hace que el comportamiento de los consumidores no sea "racional", es decir, que no se ajuste al esquema de racionalidad presupuesto. Un

3) PREBISCH, Raúl, *Transformación y Desarrollo: La gran tarea de América Latina*. Informe presentado al Banco Interamericano de Desarrollo. Washington, D.C., Mayo, 1970, pg. 2. En la pg. 3 del mismo informe Prebisch escribe una frase lapidaria: "Cuando se crece poco, se distribuye mal casi siempre". ¿No se podría invertir la frase y decir: "Cuando se distribuye mal, se crece casi siempre poco"? El economista que lograra demostrar la proposición invertida haría una no pequeña contribución a la teoría económica de la liberación.

ejemplo de esto sería la presencia del "efecto demostración", cuando las preferencias de unos consumidores se superponen y afectan las preferencias "espontáneas" o reales de los otros. En este caso el máximo de utilidad no vendría dado para combinaciones de productos tales que la razón de sus utilidades marginales a sus precios sea igual en todos los productos, que es la solución en el modelo de competencia perfecta.

Más importante es la rotura de la armonía por parte de la producción. Cuando la industria no es de competencia perfecta, es decir, consta de muchas empresas que fabrican un producto homogéneo de manera que ninguna en particular puede influir el precio del mercado, sino que consta de una sola empresa, el caso del monopolio perfecto, o de pocas empresas grandes, oligopolio, o de bastantes empresas que fabrican un producto diferenciado con algún elemento de monopolio, entonces la producción no se organiza perfectamente según las preferencias de los consumidores. En este caso las cantidades y precios que maximizan el beneficio de las empresas, no son las mismas cantidades que maximizan la utilidad de los consumidores. A esto se añade que tales tipos de industrias tienen que incurrir en gastos de ventas y en campañas de promoción, que es otra "externalidad" que afecta el equilibrio del consumidor. El resultado es que la organización de la producción no se hace ya según el estado de la distribución de la renta.

Implantar industrias que funcionen dentro del esquema de la competencia perfecta es una absoluta imposibilidad técnica, dados ciertos procesos productivos y la existencia de economías internas y externas de escala. La mayor parte de las cosas, piénsese, por ejemplo, en los automóviles o en la industria del acero, tiene que hacerse en un tipo de fábrica sólo posible con una organización del tipo monopolista o, a lo más, oligopolista... No hace falta gastar mucha tinta para mostrar que el modelo de competencia perfecta es irrealizable en el mundo real. Sin embargo, cabe preguntarse si no habría otra manera de organización económica en la que se pudieran obtener las soluciones del modelo de competencia perfecta, en cuanto a qué productos fabricar, en qué cantidad y a qué precio, sin necesidad del tipo de organización industrial que exige el modelo. Lo importante es llegar al valor de esas variables que "corresponde" al estado de distribución de la renta.

Hace ya muchos años, en 1929, un economista de inspiración capitalista, Fred M. Taylor, mostró la posibilidad de orientar la producción en un estado socialista, según los principios del modelo de competencia perfecta.⁴

Pero sobre todo es el economista socialista Oskar Lange quien más en detalle ha tratado de demostrar que el proceso automático de "prueba y error" —error and trial— por medio del cual se llega a las soluciones de equilibrio en el modelo de competencia perfecta se podría efectuar intencionadamente en una economía socialista para llegar a las soluciones de equilibrio:

"Nuestro estudio sobre la determinación de los precios de equilibrio en una economía socialista ha mostrado que el proceso de determinación del precio es completamente análogo al que tiene lugar en un

4) TAYLOR, Fred M., "The Guidance of Production in a Socialist State". *American Economic Review*, 1929, vol. I, Nº 19.

Artículos

mercado competitivo. El Departamento de Planificación Central realiza la función del Mercado. Es él quien establece las reglas para combinar los factores de producción y elegir la escala de producción de una planta, para determinar la producción de una industria, para la asignación de recursos y para el uso paramétrico de los precios en la contabilidad. Por último fija los precios de modo que se equilibre la cantidad demandada y ofrecida de cada mercancía. De ahí que la sustitución de las funciones del mercado por la planificación es perfectamente posible y viable".⁵

Para decir toda la verdad, son muchos los economistas del ámbito capitalista que han escrito refutaciones de Lange. Decidir si lo han conseguido o no es ya una cuestión de la filosofía personal de cada uno. Pero la moraleja que quisiera sacar de esta disquisición sobre la competencia perfecta no es tanto la tesis de Lange, cuanto mostrar cómo con cambios de organización nos podemos beneficiar de las teorías tradicionales que sí contienen, de alguna manera, la distribución de la renta como parte esencial.

Sugiero que con el modelo clásico de "las ventajas comparativas" para explicar el comercio internacional, que también toma en cuenta, aunque de una manera muy general, la distribución de la renta entre países, se podría hacer el mismo tipo de análisis y llegar a la conclusión de que con cambios institucionales en el comercio internacional, se podrían obtener las ventajas del modelo, sin un orden internacional como el que supone el modelo.

Ginebra, 31 Enero, 1971.

5) **LANGE, Oskar, Sobre la Teoría Económica del Socialismo. Ediciones Ariel (Ariel quinquenal). Barcelona, 1970, págs. 87-88. El libro original apareció en inglés en 1938.**